



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

Otros temas de Procopio de Cesárea

Autor:

Alberto Freixas

Revista

Anales de Historia Antigua y Medieval

1951/2 - 4, pag. 45 - 67



Artículo



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

OTROS TEMAS DE PROCOPIO DE CESÁREA

POR

Alberto Freixas

PROCOPIO

En otra ocasión se han estudiado aspectos de la vida militar bizantina según pueden inferirse del relato de Procopio de Cesárea¹. Ahora se examina la posición del historiador frente al soberano que suma en su persona los poderes del absolutismo total. A pesar de la obligada circunspección que debió guardar al referirse a él, es posible encontrar más de una crítica en su "Historia de las Guerras"², como surge del examen del texto. Ello es manifestación de independencia de juicio y tal vez también un apuntar del descontento que lo llevó a la redacción de su "Historia Secreta o Arcana"³.

Narses sale de Salona con un gran ejército contra Totila y los godos; pudo hacerlo porque recibió de Justiniano suficiente cantidad de dinero y los necesarios pertrechos de guerra. Abona entonces a los soldados que están en Italia todo el dinero que se les debía, pues por largo tiempo habían dejado de recibir del tesoro público la paga asignada. El emperador fué culpable de esta falta⁴. En consecuencia, si después expone el resultado desastroso de la guerra en occidente, la acusación aparece clara.

Cuando Belisario volvió a Constantinopla, después de la muerte de Teodora, los bárbaros se hicieron dueños de todo el territorio de la península itálica; pues aunque los bizantinos fueron decisivamente victoriosos al comienzo de la guerra gótica, en ese momento el resultado era la pérdida de Italia y que, sin provecho, habían consumido vidas y dinero con prodigalidad. Además, debían ocuparse de los ilirios y de los tracios que estaban siendo destruidos calamitosamente por los bárbaros. Por otra parte, cuando algunos de ellos, como los hérulos, entran en el imperio en calidad de federados, envían delegaciones. Representan a los que han saqueado a los súbditos romanos, pero esto no impide que reciban del emperador, sin la mínima dificultad, su contribución para llevarla a su tierra⁵. Este es un viejo sistema, no modificado por la aparente gloria de las armas.

La atención de Justiniano se desvía de lo necesario para completar el éxito de las empresas militares. Así, cuando ya había muerto la emperatriz, Belisario llegó a Constantinopla. En vez de utilizar su experiencia y prestigio dándole los medios requeridos, comenzó a elaborar planes para enviar a otro general con un ejército contra Totila y los godos. Eligió primero a Liberio, uno de los patricios; le ordenó aprontarse, pero en seguida perdió interés

¹ *Anales de Historia Antigua y Medieval* 1949, p. 36 sig.

² *Historiar. Libb. VIII, de rebus Gothor. Persar. et Vandal.*

³ *Anecdota. Historia Arcana.*

⁴ *Got.*, VIII, xxvi, 5.

⁵ *Got.*, VII, xxxiii, 1; 13.

en el asunto. Dice Procopio que fué porque tal vez otras cosas lo ocuparon y añade que, si hubiese seguido en su propósito, está seguro que teniendo a Roma en su poder todavía, con fuerzas dentro de la ciudad en estado de unirse a las de auxilio, hubiera podido vencer a sus contrarios en la guerra. No lo hizo hasta más tarde, cuando envió a Narses y debió ceder a las exigencias de éste, cuya consecuencia fué una notable preparación bélica. Pero antes el emperador había conducido las operaciones con mucho descuido⁶.

La condición de Justiniano provoca la negligencia en sus generales. En la guerra lázica, Besas venció y capturó a Petra; pero no se movió hasta la frontera de Iberia para fortificar los pasos de las montañas. Procopio dice que de haberlo hecho nunca más un ejército persa hubiera entrado en Lázica; pero aquel general, al no cumplir con su tarea, hizo entrega del territorio al enemigo, estimando en muy poco la cólera imperial. Y agrega que Justiniano acostumbraba a perdonar la mayor parte de los errores de sus comandantes, por cuya razón eran frecuentemente culpables contra la vida privada y contra el estado. Los resultados negativos de las campañas militares también están señalados. Libia, al final de la larga guerra, quedó libre de enemigos; pero a consecuencia de las anteriores operaciones permaneció despoblada en su mayor parte⁷.

Si en su "Historia de las Guerras" es parco en alabanzas al emperador y se atreve a insinuar algunas críticas, en cambio en su libro de "Los Edificios" adopta una posición contraria. Con razón se ha dicho que ello se debe al deseo, tal vez a la necesidad, de corregir el defecto anterior que hizo de Belisario el héroe ante quien todos quedan deslucidos. Las muestras son abundantes y variadas; algunas pocas valen para documentar la afirmación. La grandeza del pensamiento de Justiniano le ha hecho realizar cosas que sobrepasan la descripción, no sólo en materia de construcciones, sino en todo otro asunto. La tierra natal del emperador debe regocijarse y envanecerse de dignidad y gozar por haber dado a los romanos un hombre cuyos trabajos es imposible expresar en palabras o por escrito. Algunos de los palacios que construyó en distintos lugares son de tal naturaleza que no hay palabras exactas para describir su magnificencia, su exquisita labor o su gran tamaño. Por eso le basta decir que son regios, edificados bajo su personal supervisión y con ayuda de su pericia⁸. En todo esto se ve al rétor, como lo calificó Agatías Escolástico en su hora⁹.

No hay que olvidar una idea que Procopio manifiesta en repetidas ocasiones. Mientras veía entrar el ejército romano en Ravena, se le ocurrió que no es a causa de la sabiduría de los hombres o de cualquiera otra excelencia que las cosas pueden realizarse completamente, sino porque algún poder divino conduce y nadie puede desviar. Ello sucede cuando el emperador es piadoso; entonces la divinidad no está alejada de los asuntos humanos, sino por lo contrario desea mezclarse a los hombres y se recrea al asociarse a ellos¹⁰.

Hace pensar en la imparcialidad del autor el relato del asalto a Petra, donde tuvo lugar una batalla con tal despliegue de valor de parte de los romanos como de los persas, cual no cree haya sido visto antes en ese tiempo. Además, por haber acompañado a Belisario, conoce los lugares donde se des-

⁶ *Got.*, VII, xxxvi, 4. VIII, xxvi, 7.

⁷ *Got.*, VIII, xiii, 12; xvii, 22.

⁸ *Ed.*, IV, i, 1-2; 15. I, ix, 16.

⁹ *Agathiae Scholastici Myrinensis Historiarum*, liber I, 11.

¹⁰ *Got.*, VI, xxix, 32. *Ed.*, I, iv, 24.

arrolla la acción guerrera. Como tal puede tenerse una descripción de una región de Lázica o la de la Vía Apia, con detalles de su construcción y perfecto estado en su época. También tiene suficiente información acerca de países aureolados de misterio, como la isla de Tulé. Relata que los hérulos, derrotados por los longobardos, emigraron de su hogar ancestral y se establecieron en la Iliria; pero que muchos se resistieron a atravesar el Íster y fueron conducidos por muchos hombres de sangre real; atravesaron todas las naciones de los esclavonios y llegaron a la de los varnos, tribu establecida cerca de la desembocadura del Rhin; de allí pasaron por la región de los danios, un grupo de pueblos de la península danesa, sin sufrir violencia. Y finalmente se embarcaron para ir a Tulé, isla en la que permanecieron. Procopio manifiesta que quiso ir allí, pero no tuvo la oportunidad¹¹.

Si Procopio está bien enterado de los sucesos es porque acompañó a Belisario en casi todas sus empresas. Cuando este general fué nombrado comandante de las tropas en Daras, durante la guerra de Persia, él fué elegido como su consejero o secretario¹². En ese tiempo aquél fué objeto de burlas, no manifiestas abiertamente, tanto de parte de los oficiales como de los soldados y aun el ejército llegó a insultarlo. Pero Belisario era una persona honorable y distinguida para todos; sólo Juan de Capadocia le era hostil y trabajaba en contra de él¹³.

Cuando se inició la expedición a África contra los vándalos¹⁴, acompañó a Belisario que iba con su mujer Antonina. Antes de la partida estuvo muy atemorizado por el peligro; pero a raíz de una visión en un sueño cobró valor y deseó ardientemente participar en la empresa¹⁵. Durante las operaciones preliminares desempeña funciones de confianza. Como consejero es enviado a Sicilia para averiguar noticias del enemigo y asegurarse un mercado de aprovisionamiento para el ejército. El resultado fué feliz, Procopio suficientemente alabado y las trompetas pudieron dar la señal de partida del ejército¹⁶.

En la guerra de Italia también interviene. Estando en Roma, Belisario arengó al pueblo cuyo ánimo estaba decaído; después ordenó a Procopio que fuera a Nápoles porque corría el rumor de que el emperador había enviado un ejército¹⁷. No lo sabía el general. Sin embargo, en el mencionado discurso manifestó al pueblo que Justiniano había juntado y despachado un ejército muy numeroso y una flota tan importante como nunca tuvieron los romanos, que cubría el litoral de la Campania y la mayor parte del golfo Jónico¹⁸.

En otra ocasión también desempeña misiones de confianza. Procopio, acompañado de Mundila y de pocos jinetes, salieron de Roma durante la noche por la puerta que lleva el nombre del apóstol Pablo, la *Porta Ostiensis*; y eludiendo el campo enemigo que había sido establecido cerca de la Vía Apia para guardarla, tomaron el camino de la Campania. En cuanto llegaron, juntó no menos de quinientos soldados, alquiló gran número de barcos con grano y los expidió rápidamente al puerto de Roma. En esta ciudad había quedado Belisario, soportando el sitio de Vitiges. Poco después Antonina se:

¹¹ *Got.*, VIII, xiv, 1. V, xiv, 6 sig. VI, xv, 1.

¹² Año 527 d. C.

¹³ *Pers.*, I, xviii, 12; 24; xxv, 12.

¹⁴ Año 533 d. C.

¹⁵ *Vand.*, III, xii, 2.

¹⁶ *Vand.*, III, xiv, 3; 15.

¹⁷ *Got.*, VI, iv, 1.

¹⁸ Mar Adriático.

reunió con Procopio y lo ayudó a hacer preparativos para la flota¹⁹. Es evidente que el gran ejército enviado por el emperador no existía.

Belisario es para él un hombre cuyo mandato nadie tuvo nunca la osadía de resistir, cuyos soldados jamás se negaron a cumplir sus órdenes, tanto porque respetaban su habilidad como porque temían su poder. Pero esto no impide que en alguna circunstancia Procopio critique las disposiciones de carácter militar que aquél tomó. Cuando la campaña contra Totila, Belisario se había situado en Ravena; se dió cuenta que desde allí, con un ejército pequeño, era imposible socorrer a Roma; decidió entonces acercarse a la ciudad para tratar de remediar el aprieto de los que estaban en ella. Procopio afirma que Belisario eligió el peor camino, puesto que estaba predestinado que los romanos sufrirían suerte adversa. Y más tarde, después de la desaparición de Teodora, dice que el viaje del gran general a Constantinopla no fué feliz; durante cinco años no había conseguido desembarcar en ninguna parte del suelo de Italia ni penetrado al interior; se vió obligado a ocultarse todo el tiempo, navegando siempre de una ciudad costera fortificada a otra fortaleza en el litoral. El resultado fué que el enemigo, teniendo poco que temer, consiguió esclavizar a Roma y el resto del territorio²⁰.

En otro trabajo²¹ ha quedado expuesto el residuo de creencias no cristianas que se encuentra en Procopio. Cabe agregar que en muchas oportunidades tiene afición a transmitirnos datos de esa índole. Después de la gran derrota de los moros, por obra del general Solomon, los sobrevivientes recordaron el dicho de sus mujeres: que su nación sería destrozada por un hombre imberbe. Antes ya había expresado que aquél era eunuco, lo que da la explicación deseada. Lo mismo puede advertirse cuando relata una creencia difundida entre los samnitas, que de la lucha singular entre dos pastores se vaticinaba el resultado de la guerra²². Y si llegamos a la "Historia Arcana", donde nos presenta al emperador como un ser demoníaco cuya cabeza abandonaba materialmente el cuerpo por momentos, encontramos la justificación: no lo ha visto, pero ha oído decirlo a quienes declaran haber presenciado el acontecimiento. Este tipo de afirmaciones sólo puede darse cuando los lectores están acostumbrados a relatos fuera del orden natural. Además, para él a veces lo mitológico aparece con caracteres de realidad acontecida. Así, no lejos de Cesárea en Macedonia, se levantan montañas cubiertas de árboles; es la patria de los centauros, el sitio de la batalla de los lapitas contra aquella raza. Procopio lo cree un mito, pero agrega que los tiempos antiguos han dejado un cierto testimonio por un nombre aplicado a un lugar en las montañas, Centaurópolis, como es llamado hasta sus días. Con su precaución habitual no rechaza abiertamente pero parece admitir una verdad en el fondo fantástico²³.

Procopio está perfectamente enterado de los asuntos cristianos; es improbable que no haya pertenecido a esta religión; pero es extraño oírle hablar con una cierta lejanía, como si se tratara de prácticas no propias, más como espectador que como adepto. Tal cosa surge cuando se advierte que nunca dice "mi o nuestra religión". Sin embargo sería infundado calificarlo de no cristiano con solo este motivo. Debe recordarse que es un rétor cuidadoso

¹⁹ *Got.*, VI, iv, 3; 19.

²⁰ *Got.*, VII, i, 17; xiii, 13; xxxv, 1.

²¹ *Anales*, 1949.

²² *Vand.*, IV, xii, 28. III, xi, 6. *Got.*, V, xx, 1.

²³ *H. A.*, XII, 23. *Ed.*, IV, iii, 11.

de su estilo y que las exigencias de tal posición tal vez le obligaron a expresiones impersonales.

Durante el sitio de Amida por Cosroes²⁴ alude a la defensa de una torre que había tocado en suerte a esos de los cristianos que son más cuidadosos en sus prácticas, a quienes “llaman monjes”. Pero por otra parte dice que aquel soberano siguió con todo su ejército camino de Apamea, donde hay un trozo de madera de un codo de largo, una porción de la cruz en la cual el Cristo sufrió suplicio, “no contra su voluntad como generalmente se opina”²⁵. Y también que la invasión de Cosroes del año 544 no era contra Justiniano, el emperador de los romanos, sino sólo contra el Dios a quien reverencian los cristianos²⁶.

Al referirse a los godos que habitan junto al mar de Azov, llamados tetraxitas, dice que son un pueblo no muy numeroso que observa y reverencia los ritos de los cristianos tan cuidadosamente como ninguno otro lo hace; pero él no es capaz de afirmar si alguna vez fué de credo arriano, como son las otras naciones góticas, porque ellos mismos están en completa ignorancia de este particular; honran la fe con absoluta simplicidad y sin vanas interrogaciones. Ese mismo pueblo, en el año veintiuno del reinado de Justiniano (548), envió cuatro legados a Constantinopla para pedirle que les diera un obispo²⁷.

Sin embargo, Procopio cree en la protección divina. Aparte de lo que se refiere al emperador y su obra, como antes se manifiesta, podemos advertir que Narses estaba extraordinariamente regocijado por la muerte de Totila, que precipitaba el desenlace de la lucha y no cesaba de atribuir todo a Dios, opinión indudablemente sincera en él²⁸. También Ulifo experimentó evidente retribución del cielo al ser destruído en el mismo sitio en que mató a Cipriano, en Perusa²⁹.

A pesar de todo esto, el tema de la fortuna³⁰ aparece con cierta insistencia; en su época no se lo puede considerar como un modo de decir puesto que los dioses de la antigüedad no han desaparecido completamente y pugnan todavía por una imposible supervivencia. Narses está ante Roma. En este momento de la narración se le ocurre a Procopio comentar el modo cómo la fortuna juega con los asuntos humanos; no siempre visita a los hombres de la misma manera ni los mira con uniforme ojeada; muda con los cambios de lugar y de tiempo. Agrega que estas cosas ocurrieron desde el principio y ocurrirán lo mismo, mientras la fortuna rija a los hombres³¹.

En el libro de “Los Edificios” pueden encontrarse expresiones más directamente vinculadas a la fe. Así, fueron hallados los cuerpos de los apóstoles Andrés, Lucas y Timoteo, antes ocultos; en ese tiempo se hicieron visibles a todos para significar — yo creo, dice — que no rechazaban la fe del emperador, sino que expresamente les permitían verlos, acercárseles y tocarlos, para en adelante procurarle asistencia y la seguridad de la vida³². También

²⁴ Años 502-503 d. C.

²⁵ *Pers.*, II, xi, 14 sig. I, vii, 22.

²⁶ *Pers.*, II, xxvi, 2: ὅτι μὴ ἐπὶ τὸν θεὸν ὑπερ Χριστιανοὶ σέβονται μόνον.

²⁷ *Got.*, VIII, iv, 9; 11; 12.

²⁸ *Got.*, VIII, xxxiii, 1.

²⁹ Τοῦ Θεοῦ *Got.*, VIII, xxxiii, 12.

³⁰ Τύχη.

³¹ *Got.*, VIII, xxxiii, 24.

³² *Ed.*, I, iv, 18.

en lo siguiente: en aquella parte de la ciudad de Constantinopla que es llamada Deuteron, Justiniano levantó la muy santa y reverenciada iglesia de Santa Ana, que "algunos creen madre de la Virgen y abuela de Cristo"³³. Cuando se refiere a la insurrección *Nika*, manifiesta: "algunos hombres de lo común, la escoria de la ciudad, se levantaron contra el emperador Justiniano en Bizancio, cuando hicieron la revuelta llamada *Nika*, que ha sido descripta sin ambages en los libros de Las Guerras; y para demostrar que no sólo contra el emperador tomaban las armas, sino contra Dios mismo... tuvieron la osadía de quemar la Iglesia de los Cristianos, que el pueblo de Bizancio llama *Sophia*"³⁴.

Las reflexiones de diferente índole son frecuentes en sus escritos, según ellas aparece Procopio como un hombre que desea conservar su serenidad; pero casi siempre se expresa más con deseo de no opinar que de hacerlo. En las que siguen es fácil advertirlo. Los errores de juicio y otros parecidos son inevitablemente cometidos por los hombres porque se deben a la naturaleza humana. Los romanos dieron a los persas, de una sola vez, toda la cantidad de oro que se había convenido entregar en cinco años para no aparecer pagando tributo anual; porque el desgraciado nombre y no el hecho generalmente avergüenza a los hombres³⁵. En Bizancio ocurrió algo nunca visto antes. Aunque era fin de otoño hubo un gran período de tiempo caliente y seco, como en mitad del verano; gran cantidad de rosas floreció; todos los árboles produjeron nuevos frutos y los racimos reaparecieron en las vides, aunque la vendimia había sido muchos días antes. Y dice Procopio: de estas cosas, los que son expertos en la materia sacaron en conclusión que algo inesperado tendría lugar, según algunos favorable, según otros lo opuesto. "Yo pienso que esto fué el resultado de una coincidencia, pues los vientos acostumbrados del sur prevalecieron por muy largo período y gran calor vino sobre la tierra, mayor que el usual y sin relación con la estación; pero si realmente indica, como dicen, que algún hecho inesperado ocurrirá, lo sabremos con mayor certeza por los acontecimientos futuros"³⁶. Aquí adopta la misma posición que frente a los vaticinios, oráculos y adivinaciones: los hechos posteriores dan la explicación que en el momento los hombres ignoran.

Otras reflexiones nos muestran mejor al personaje. Los hombres, por regla general, adaptan sus decisiones a los dictados de su deseo y se inclinan al argumento que les agrada, sin investigar si es falso; por otra parte se sienten ultrajados por quien los contraría y no le creen, sin buscar nunca si dice o no verdad. Cuando se llega a la prosperidad inesperadamente, la mente no puede permanecer estable; en su esperanza quiere ir más allá, hasta que el hombre es privado de la felicidad conseguida sin mérito³⁷.

En la misma "Historia Arcana" podemos encontrarlo cuando dice: "tal vez esto ilustra un hecho utilizado por uno de los filósofos peripatéticos de los tiempos antiguos, que los más opuestos elementos se encuentran en la naturaleza humana, como en los colores compuestos; sin embargo, yo estoy escribiendo de asuntos de que no he sido capaz de adquirir competencia". Y en una carta de Mermeroes, general persa, a Gubazes, rey de los lacios

³³ *Ed.*, I, iii, 11.

³⁴ *Pers.*, I, xxxiv. *Ed.*, I, i, 20.

³⁵ *Got.*, VII, xxiv, 29. VIII, xv, 1.

³⁶ *Got.*, VIII, xv, 21.

³⁷ *Got.*, VIII, xvi, 33. VII, xxxi, 6.

(lazi: "... adopta la segunda alternativa, conócete" ³⁸. Entonces parece recordar sus estudios de rétor.

En materia de deducciones etimológicas y explicaciones de asuntos legendarios, es arbitrario con mucha frecuencia y gusta demostrar sus conocimientos. Un pasaje interesante puede servir de ejemplo ³⁹. Belisario ha enviado a su general Conon con una fuerza militar; después de llegar a Sicilia se hizo a la mar con la intención de llegar al puerto de Tarento. Al describir el viaje hace notar que pasó a la derecha del lugar llamado *Scylaeum*, donde los poetas dicen que *Scylla* antes vivió, no porque allí hubiese existido realmente una mujer en forma de bestia, sino a causa de cierto pez, antes llamado *scylax* y entonces *cyniscus*, muy abundante en esa parte del estrecho desde el tiempo antiguo hasta los días de Procopio. Y éste en seguida desarrolla su teoría. Los nombres, al comienzo, son siempre apropiados a las cosas que ellos designan; pero su propagación, cuando los lleva a otros pueblos, engendra en ellos falsas opiniones a causa de la ignorancia de los hechos; y con el correr del tiempo este proceso se vuelve un poderoso constructor de la historia y se alía a los poetas tal vez por la licencia de su arte. Después agrega el ejemplo. Los nativos de la isla de Corcira han llamado desde antiguo tiempo "Cabeza de Perro" a un promontorio en la parte oriental ⁴⁰; pero otros lo llamaron así porque la gente de ese lugar es una especie de pueblo "cabeza de perro" ⁴¹. Y también llaman a algunos de los pisidios "cabezas de lobo" ⁴², no porque las tengan sino a causa de que la montaña allí lleva el nombre de "Casco de Lobo" ⁴³. Y para finalizar agrega su motivo prudente, que en estos temas dejemos a cada uno pensar y hablar como le plazca.

Al final de cada uno de los libros de la "Historia de las Guerras" encontramos la repetición monótona de la misma frase, la constancia de que él lo escribió. En la última parte de la obra mencionada no aparece tan imparcial como en las antecedentes. Ha pasado mucho tiempo, los años pesan, se aspira a favores y a conservar una situación destacada y cómoda, ocurrieron desgracias grandes a otros, que sirven de lección preventiva. Siendo el mismo, parece otro hombre, según se desprende de sus juicios y alabanzas. Desde el libro VIII en adelante, se observa, si no un cambio de estilo, por lo menos una manera de escribir menos cuidada, menos retórica.

Los discursos atribuídos a Belisario al arengar a sus soldados mercenarios, son de elevado tono; en el mismo, algún ductor bárbaro se dirige a sus huestes; así, podemos observar parecida medida en romanos y godos. Cuando hay comunicación entre los adversarios no nos aclara si ella es directa o por intermedio de los indispensables intérpretes, dato interesante por la necesaria desformación de palabras que traducen intenciones.

BELISARIO

Tenía una bella figura, era alto y notablemente hermoso. No obstante el gran aparato militar de que se rodeaba, su conducta era tan humilde y tan afable su actitud hacia quienes encontraba, que parecía un hombre común

³⁸ *H. A.*, VIII, 23. *Got.*, VIII, xvi, 27: Τὸ γινῶθι σαυτὸν

³⁹ *Got.*, VII, xxvii, 16-20.

⁴⁰ Ταῦτά τοι ἐκ παλαιοῦ μὲν ὠνόμασαν ἐπιχώριοι Κυνὸς Κεφαλὴν ἄκραν.

⁴¹ Ἄλλοι δὲ ἀπ' αὐτοῦ κυνοκεφάλους τινὰς εἶναι βούλονται τοὺς τῆδε ἀνθρώπους.

⁴² Λυκοκρανίτας.

⁴³ Λύκου Κράνος.

y no uno de legendaria reputación. Procede del mismo modo con los delegados enemigos. Totila supo la llegada de Belisario a Pola. Le envió cinco hombres escogidos, con una falsa carta de Bonus, sobrino de Juan, el jefe de la guarnición de Génova, en la que le pedía auxilio por encontrarse en extremo peligro. Aquéllos tenían la misión de observar atentamente la fuerza del enemigo; pero Belisario los recibió amablemente, como era su costumbre. En otra ocasión, Constantino, su subordinado, no sólo desobedeció sus órdenes, sino intentó agredirlo. Los jefes que con Belisario estaban no le hicieron daño; pero lo llevaron a otra habitación por orden de aquél y después lo mataron. Este fué el único hecho impiedoso cometido por él — dice Procopio —, en ningún modo digno del carácter del hombre; porque siempre usó gran gentileza en el trato con los demás ⁴⁴.

Era continente en grado extremo. Aunque hizo cautivas a gran número de mujeres, tanto de los vándalos como de los godos — mujeres tan bellas como supongo que nunca vió hombre alguno en el mundo, comenta Procopio —, se negó a permitir que ninguna de ellas viniera a su presencia o lo encontrara de alguna otra manera ⁴⁵.

Belisario era sensible ante la desgracia. Tan pronto como supo la muerte de Juan el Armenio a causa de un accidente, fué a su tumba y deploró su destino. Después de cumplir deberes de amistad y oficio, honró su sepultura con muchos dones y la proveyó de una renta regular ⁴⁶.

No olvidaba referirse a la divinidad cuando era conveniente. En ocasión de la marcha sobre Cartago, al establecer su campamento antes de Decimum, explica la situación a las tropas y les manifiesta que cuenta con la ayuda divina, porque la alianza de Dios está con aquellos que siguen a la justicia ⁴⁷.

En una alocución al ejército, antes de salir de Cartago, habla de los éxitos anteriores, de la depresión y el terror de los enemigos, pues la fortuna ⁴⁸, cuando parece adversa, esclaviza el espíritu de los que están en su camino. Ahora ellos, los romanos, van a defender la tierra que les pertenece, entrando en batalla con Dios propicio ⁴⁹.

En algunos de sus discursos pueden advertirse otras ideas. Estando sitiado en Roma por Vitiges, al arengar al ejército, le dice que el factor decisivo en la guerra es la actitud de los combatientes; generalmente se consigue la victoria por su entusiasmo. Durante ese mismo sitio contesta a los enviados de los romanos que han ido ante él en queja: “desde largo tiempo sé que el pueblo ⁵⁰ es la cosa menos razonable y que por su propia naturaleza no puede soportar lo presente ni proveer para lo futuro”.

Se rodea de signos exteriores de poder. Cuando de Ravena volvió a Constantinopla su paso parecía una procesión solemne, pues siempre iba escoltado por gran número de vándalos, lo mismo que de godos y de moros. Acostumbraba a equipar setecientos jinetes para su séquito oficial y ninguno de ellos era un hombre inferior; cada uno podía exigir ser el primero en la línea de combate y enfrentar a lo mejor del enemigo. Cuando los viejos roma-

⁴⁴ *Got.*, VII, i, 6; x, 14-18. VI, viii, 17.

⁴⁵ *Got.*, VII, i, 11.

⁴⁶ *Vand.*, IV, iv, 23 sig.

⁴⁷ *Vand.*, III, xix, 6. τοῦ θεοῦ συμμαχία.

⁴⁸ Τύχη

⁴⁹ *Vand.*, IV, i, 13 sig.: νῦν δὲ ἕλεψ' τε τῷ θεῷ

⁵⁰ *Got.*, VII, iii, 24: δῆμος

nos vieron los progresos de la lucha, se maravillaron y exclamaron que la casa de un solo hombre estaba destruyendo el poder de Teodorico ⁵¹.

En la pelea no escatima su parte personal, olvidando muchas veces que su papel es de conductor y no de ejecutante. En Roma, cercada por Vitiges, lucha durante todo un día y sólo cuando fué bien entrada la noche, sus amigos y su mujer consiguieron que probara un poco de pan. En otra ocasión, junto al Tíber, ha quedado a salvo del peligro; pero no quiere permanecer en su puesto de general y comienza a pelear en las filas del frente como un soldado; en consecuencia, la causa de los romanos fué puesta en gran peligro, ya que la decisión de la guerra descansaba en él.

En el combate era valiente sin incurrir en riesgos innecesarios, temerario sin perder su frío juicio ⁵². Su reputación militar fué muy grande. En el discurso que Totila dirige a sus fuerzas, Belisario es maravilla de valor para los godos. Antes, los amotinados del ejército de Libia, que estaban sitiando a Cartago, se dieron a la fuga al enterarse de su llegada a esa ciudad, a pesar de que venía casi solo. Y cuando entró en Cartago tal fué su fama como ningún otro hombre de su tiempo la adquirió jamás ni ninguno de los hombres de los antiguos tiempos ⁵³.

Cuando llegó a Constantinopla, trayendo a Vitiges desde Ravena, Justiniano no le concedió el triunfo acostumbrado, como lo hizo anteriormente al regresar victorioso de Gelimero y los vándalos. Sin embargo, el nombre de Belisario estaba en todos los labios ⁵⁴.

Pueden citarse muchos ejemplos. Juan, hijo de Nicetas, le dice que en ningún tiempo hubo un general como él, tanto en fortuna como en valor; su reputación ha llegado a prevalecer, no sólo entre los romanos sino también entre los bárbaros. Abandanés llega ante Cosroes y le aconseja que se retire lo más pronto posible, porque han enfrentado a un general que en valor y sagacidad sobrepasa a todos los demás hombres. Fué una hazaña de gran importancia que, cuando todos los romanos eran presa de pánico y Cosroes con un formidable ejército había penetrado en el dominio imperial, un general, con sólo pocos hombres, llegado justamente de Bizancio en ese momento, hubiera establecido su campamento frente al del rey persa; y que éste, ya por temor a su suerte, ya al hombre, o disuadido por algún sortilegio, no continuara el avance, sino que en realidad huyera bajo apariencia de buscar la paz ⁵⁵.

Procopio describe la ornamentación en mosaico de la Puerta de Bronce, la entrada al viejo palacio de Constantinopla: a ambos lados, guerra y batallas, ciudades conquistadas en Italia, en Libia, en otras partes. Belisario retorna ante el emperador con su ejército intacto y le da despojos, reyes y reinos; el rey de los vándalos y el de los godos se acercan como prisioneros de guerra. En efecto, en ocasión del triunfo de Belisario, compareció Gelimero ante el emperador; le quitaron el adorno de púrpura, le obligaron a prosternarse y a obediencia ⁵⁶.

Como jefe, promovió un amor irresistible tanto en los soldados como en los civiles; por su buen trato y premio a aquéllos, por no permitir depre-

⁵¹ *Got.*, VII, i, 6: 20.

⁵² *Got.*, V, xviii, 43; xviii, 4. VII, i, 14.

⁵³ *Got.*, VII, xv, 9-24. *Vand.*, IV, xv, 10. III, xxi, 7-8.

⁵⁴ *Got.*, VII, i, 3.

⁵⁵ *Pers.*, II, xix, 36; xxi, 14; 28.

⁵⁶ *Ed.*, I, x, 16. *Vand.*, IV, ix, 12.

llamó a aquél inmediatamente y nombró a éste comandante en jefe de la guerra ⁶⁴.

En cuanto el peligro apremia se lo saca de un frente de batalla para enviarlo a otro, con cualquier pretexto. En Italia algunos oficiales comenzaron, sin fundamento, a acusar de usurpación a Belisario ante el emperador. Éste, no porque se persuadiera de la exactitud de los cargos, sino a causa de que la guerra de Persia lo estaba presionando, le ordenó que viniera tan pronto como fuera posible para ponerse en campaña contra los persas ⁶⁵. Justiniano, en el primer tiempo de la actuación de Belisario, no prestó atención a las cosas que contra él circulaban.

Al terminar la guerra contra los vándalos, la envidia se desató; era consecuencia natural de su gloria. Algunos de sus oficiales lo calumniaron ante el soberano, acusándolo de haber pretendido fundar para sí un reino en África, como sucesor de los vándalos. Justiniano no hizo públicas estas cosas, ya por no dar importancia a la especie, ya por creer que era mejor no divulgarla ⁶⁶.

Belisario alcanzó altas dignidades. El emperador lo había llamado a Constantinopla y lo honró. Pero ni aun después de la muerte de Germano se propuso enviarlo a Italia. Lo nombró jefe de las guardias, en calidad de general de Oriente, y lo mantuvo allí. Sin embargo, fué el primero de todos los romanos en dignidad, aun cuando algunos fueron hechos patricios o llegado a cónsules antes que él: porque todos le daban el primer lugar en mérito a sus hazañas ⁶⁷.

Cuando Belisario se apoderó de Sicilia ocupaba la dignidad consular que le había sido conferida a causa de su victoria sobre los vándalos. Y en el último día de su consulado ⁶⁸ marchó a Siracusa, aplaudido por el ejército y los sicilianos ⁶⁹.

Al llegar a Constantinopla con Gelimero y los vándalos fué considerado digno de recibir honores tales como en los antiguos tiempos eran tributados a aquellos generales de los romanos que habían ganado las más grandes y notables victorias ⁷⁰. Al inaugurarse como cónsul celebró el triunfo a la antigua usanza y al terminar su período dejó el cargo en Siracusa, donde se encontraba en ocasión de la campaña de Italia; no fué al senado en Constantinopla como era usual ⁷¹. Todavía dura el cargo consular en la ciudad avanzada hacia oriente, aunque es poco más que un nombre. Un día, por voluntad o descuido, la majestad imperial dejó de proveerlo ⁷² y silenciosamente desapareció uno de los pocos restos ostensibles del pasado romano, aunque el deseo y la prédica eran de continuidad con él.

Le cupo la gloria de entrar en Roma el noveno día del mes de diciembre de 536, después de un período de sesenta años que estuvo en poder de los bárbaros ⁷³, que sólo era entonces una gran capital decaída, pero donde el pertinaz recuerdo de su pasado estaba flotando en el aire y llenaba de cálido orgullo al hombre vencedor que pedía de nuevo obediencia al nombre imperial.

⁶⁴ *Got.*, VI, xxi, 16; xxii, 4.

⁶⁵ *Got.*, VI, xxx, 1.

⁶⁶ *Vand.*, IV, viii, 1.

⁶⁷ *Got.*, VIII, xxi, 1.

⁶⁸ El 31 diciembre 535.

⁶⁹ *Got.*, V, v, 18.

⁷⁰ *Vand.*, IV, ix, 1 sig.

⁷¹ *Vand.*, V, v, 19.

⁷² En 541 d. C.

⁷³ *Got.*, V, xiv, 14.

daciones en daño de éstos. Por sobre todas sus otras cualidades era notablemente sagaz; en situaciones difíciles podía decidir con juicio infalible acerca del mejor curso de la acción. Sirva de ejemplo lo que sigue. Belisario concibió un plan atrevido y de largo alcance, que al comienzo pareció insano a aquellos que por primera vez lo veían y oían de sus actos; pero cuyo desarrollo probó ser una hazaña de maravillosa importancia ⁵⁷.

Cuando volvió a Bizancio por orden imperial, su habilidad fué más reconocida que antes y gozó de general aprecio, porque mientras por su propio mérito era prominente entre sus semejantes y sobrepasaba a todos en poder y en la fuerza de su Guardia de Corps, era considerado por oficiales y soldados como una persona formidable ⁵⁸.

Belisario es el militar insustituible, actúa con plenos poderes. En Italia, poderoso y respetado, de sólido juicio, continuó tomando las medidas necesarias para la causa del emperador. Pero los otros comandantes sólo pensaban en su ganancia personal; comenzaron a expoliar a los romanos; dejaron la población civil a merced de los soldados; no estuvieron a la altura de la exigencia de la situación ni consiguieron hacerse obedecer. Cometieron muchos desatinos y todo el edificio del poder romano fué destruído en poco tiempo ⁵⁹.

Belisario regresó a Bizancio por mandato del emperador después de la tercera invasión de Cosroes, para ser enviado de nuevo a Italia, pues allí había grandes dificultades para los romanos. Pero no contó con fuerzas suficientes para llevar a cabo su empresa. Su intención fué dirigirse a Ravena y comandar la guerra desde esa ciudad, ya que no le era posible desembarcar cerca de Roma ⁶⁰. Y cuando Antonina, la mujer de Belisario, llegó a Constantinopla, pidió al emperador que lo convocara allí; lo consiguió muy prontamente, pues la guerra persa presionaba entonces en extremo a Justiniano y lo indujo a esa decisión ⁶¹.

Después de la toma de Roma por los bizantinos, Totila envió a Justiniano una embajada con propuestas de paz. El emperador le hizo decir que Belisario era el director de la guerra, con plenos poderes para lo que él deseaba ⁶². Aunque aquél no fué siempre constante en su confianza con su gran general, en caso de peligro o de apretura terminaba por recurrir a él. Cuando el emperador supo que Totila con todas sus fuerzas se dirigía a Roma, se encontró muy embarazado; y a pesar de que los persas presionaban todavía fuertemente, se vió obligado a enviar a Belisario contra él ⁶³.

También, en último extremo, Justiniano apoya a Belisario. Juan y Justino, dos generales, dijeron que ellos nada harían salvo lo que Narses les mandara. Belisario les había ordenado unirse a las fuerzas de Martino y acudir con toda presteza en auxilio de las tropas imperiales sitiadas en Milán. Ante la negativa escribió al emperador detallando lo ocurrido: la desobediencia de los generales de Narses y la consecuente caída de Milán, que fué arrasada y esclavizados sus habitantes. Pero Justiniano a nadie trató con severidad por ese motivo; sin embargo, al saber la desinteligencia entre Narses y Belisario,

⁵⁷ *Got.*, VII, i, 8; 13; xxiv, 1.

⁵⁸ *Got.*, VII, i, 17.

⁵⁹ *Got.*, VII, i, 22.

⁶⁰ *Pers.*, II, xxi, 34. *Got.*, VII, x, 1-4.

⁶¹ *Got.*, VII, xxx, 25.

⁶² *Got.*, VII, xxi, 18-25.

⁶³ *Got.*, VII, ix, 23.

Cuando Belisario regresó de Italia se estableció en Constantinopla. Había juntado gran fortuna y era grandemente admirado a causa de su anterior éxito, tal como la deidad ⁷⁴ se lo había manifestado por un signo inequívoco antes de que emprendiera la expedición a Libia. Este signo fué el siguiente: Belisario había heredado una propiedad en el suburbio asiático de Bizancio. Poco antes de su partida con el ejército contra Gelimero y Libia, sus viñedos dieron gran abundancia de racimos. Con el vino obtenido se llenó gran cantidad de tinajas que se colocaron en la bodega, enterrada la parte inferior y cuidadosamente tapada con arcilla la superior. Ocho meses después, cuando empezó a fermentar, rompió las tapas y corrió copiosamente hasta formar un gran charco en el suelo. Sus servidores llenaron muchas ánforas y las taparon con arcilla, silenciando lo ocurrido. Pero cuando vieron que lo mismo ocurría hacia el mismo tiempo, comunicaron el hecho a su amo. Éste reunió a muchos de sus amigos y les explicó el fenómeno: le dijeron que muchos beneficios recaerían en su casa ⁷⁵.

Belisario siempre demostró gran fidelidad a Justiniano. Durante la campaña de Italia, los mejores de los godos, después de deliberar entre ellos, decidieron declararlo emperador de occidente. Pero él no deseaba asumir el poder contra la voluntad de su soberano, porque tenía aversión al nombre de tirano y porque se había ligado con solemnes juramentos a nunca organizar una sedición contra él. Y se negó, a pesar del deseo de los godos, manifestando que jamás, mientras el emperador viviera, usurparía el título de basileus ⁷⁶.

En carta a sus generales en Sicilia les dice: no hagáis al gran emperador un enemigo de la nación gótica ⁷⁷. Más de una vez expone el propósito que anima a Justiniano para llevar a cabo la empresa de Italia. Estando frente a Nápoles exhorta a los habitantes para que reciban en su ciudad al ejército del emperador, que ha venido a asegurar su libertad y la de los otros italianos ⁷⁸. Del mismo modo, cuando Totila se retiró a Tibur después de sus infructuosos ataques a Roma, Belisario colocó puertas en la muralla de circuito de esta ciudad y envió las llaves al emperador ⁷⁹.

A pesar de su fidelidad probada, más de una vez la actitud de Justiniano parece demostrarle desconfianza por su encumbramiento demasiado grande y su brillantísima reputación, que dañaban su afán de único esplendor en su calidad de autócrata receloso. No de otro modo puede interpretarse el envío de Narses sin definir claramente la posición de cada uno de los jefes de guerra ni establecer la concentración de la dirección suprema de las operaciones en una sola mano. Por ello debió sentirse disminuído y presa de intrigas. Estando en Ravena, Juan el general, manifiesta a Belisario que ha acudido en su ayuda, que está obligado a Narses, mayordomo del emperador, dándole a entender que aquél lo ha incitado a que lo hiciera. Desde entonces ambos hombres se recelaron y por ello los amigos de Narses trataron de impedirle que marchara con Belisario. Le dicen cuán desgraciada condición es la de quien posee los secretos del emperador y no es comandante en jefe del ejército, sino que está reducido a recibir órdenes de un simple general. Y así,

⁷⁴ τὸ δαιμόνιον

⁷⁵ *Got.*, VII, xxxv, 3.

⁷⁶ *Got.*, VI, xxix, 18; xxx, 28: τῆς βασιλείας ὀνόματος.

⁷⁷ *Vand.*, IV, v, 16: βασιλέα τὸν μέγαν...

⁷⁸ *Got.*, V, viii, 13: τῶν ἑλλῶν Ἰταλιωτῶν.

⁷⁹ *Got.*, VI, xxiv, 34.

al llegar cerca de Urbino, acamparon en dos divisiones cerca de la colina, porque Belisario y Narses no habían combinado sus fuerzas. Sin embargo, parece ser que aquél tiene instrucciones privadas. Teme que si opera contra muchas plazas al mismo tiempo la causa del emperador se arruine como resultado de la confusión reinante. Por este motivo mostró a los jefes del ejército una carta de Justiniano, en la que le manifestaba no haber enviado a su mayordomo Narses a Italia para comandar el ejército, pues quería que sólo Belisario lo hiciera según su voluntad⁸⁰. Parece desprenderse de esto que la misión de Narses era informativa o de vigilancia; pero como trajo consigo fuerzas que comanda, la explicación no surge clara, salvo la evidente desconfianza imperial.

JUSTINIANO

Si se desea extraer la figura y gesta del Emperador según está presente en los escritos oficiales de Procopio, es imposible sustraerse completamente al influjo y tentación de la "Historia Arcana". Su lectura deja impresión de sinceridad y de pasión, de verdad y fantasía. Si no es de Procopio se debe a un hombre de la época, bien enterado de los sucesos políticos públicos y secretos y de otros; tiene el mérito de un documento contemporáneo. Por su animosidad constante, su tono de ataque y propósito difamatorio, no puede ser tomada como expresión de verdad, sino como explotación exagerada de una situación real, de una época triste y sombría, hueco hacia el medioevo.

El miedo a los espías, a las delaciones, a desaparecer por años o para siempre en una de las prisiones subterráneas del palacio, es causa suficiente para haber acallado cualquier voz. Sin recurrir a la "Historia Arcana", en la "Historia de las Guerras" tenemos un dato sugerente que indica que los santuarios eran lugares elegidos para conversación secreta, necesidad que demuestra vigilancia y observación. Nos dice que Arsaces se acercó a Justino, hijo de Germano, y le dijo que deseaba hablarle en algún santuario⁸¹.

El disimulo y la hipocresía no desdichan de los sucesos anteriores y posteriores. La existencia de tales métodos y secretos no puede negarse. La creación de nuevos funcionarios ornados de viejos títulos y diferentes facultades, como el Magister⁸² y el Prefecto⁸³, son síntomas de la necesidad de dominio por parte del emperador que debe precaverse contra las fuerzas actuantes capaces de abismarlo y destruir el estado: el senado, los nobles⁸⁴, el ejército, las facciones del circo⁸⁵ y el descontento general. La opresión física y moral de tales funcionarios debió ejercerse en vasta escala porque ello es inherente a la época. Es muy probable que hayan existido historias secretas de otros reinados que no han llegado a nosotros; si las tuviéramos, ciertas grandes figuras de la historia bizantina como León III, Irene, Basilio I, Zoé, apa-

⁸⁰ *Got.*, VI, xviii, 2; xix, 2; xviii, 27.

⁸¹ *Got.*, VII, xxxii, 15.

⁸² *H. A.*, XXV, 3.

⁸³ *H. A.*, XX, 1.

⁸⁴ Los nobles tienen motivos para estar descontentos de Justiniano, como se desprende de *Got.*, VII, xxxii, 7.

⁸⁵ Acerca de las facciones es interesante examinar algunos pasajes de la *H. A.*, como VII, 1 y IX, 33, adhesión a la azul; VII, 41 protector de ella; VII, 33-38; 30, atropellos impunes que cometen; x, 16, esfuerzos por mantenerlos divididos; VII, 8; 11, atiendo; VII, 15, portación de armas.

recerían en escándalo y horror, aunque cabe advertir que en las crónicas oficiales no faltan abundantes pinceladas.

Procopio dice que su relato parecerá fabuloso, tantas y tan terribles son las acusaciones que acumula complacientemente. Invoca el testimonio de sus contemporáneos, enterados como él de la situación. A nosotros han llegado otras fuentes literarias, de las que se puede inferir que en él hay un fondo de verdad desformado por el odio acerbo. Entre la tal vez deliberada frialdad hacia Justiniano que surge del libro de "Las Guerras" y la desenfadada alabanza de "Los Edificios", caben dudas acerca de la sinceridad del autor en ambas obras, y como consecuencia, en la tercera, la "Historia Arcana". En la primera se abstuvo de señalar causas y de relatar ciertos hechos, para ser objetivo pero también para no incurrir en desgracia; en la segunda se expresa como el cortesano que está esperando los beneficios que ha de otorgarle el señor; en la tercera vuelca la habladuría más escandalosa, indudablemente aquella secreta de la nobleza y patriciado senatorial de Constantinopla, contenido y reducido por el poder del déspota gobernante.

Cuando se quiere encontrar la figura de Justiniano en Procopio forzoso es utilizar todos esos elementos con grandes precauciones. La gran expedición al África se debe a la voluntad del emperador; nadie la aprobaba, todos temblaban ante la empresa y "sólo Dios protegía el proyecto"⁸⁶, pues le había prometido ánimo y ayuda. Envío a Belisario con un ejército contra Libia y quebró el poder de Gelimero y de los bárbaros. Pero después fueron allí los funcionarios de la burocracia bizantina que impusieron tan elevadas tasas a la tierra como antes no habían existido. Y porque fué moroso en la paga debida a las fuerzas militares, surgieron insurrecciones de las que resultó gran destrucción⁸⁷. Es verdad que también las grandes desgracias del imperio se le atribuyen, como la calamitosa inundación de Édesa, la del Nilo, la de Tarso; los terremotos en Antioquía y Seleucia; los que derribaron a Íbora, Amasia y Corinto y muchos otros⁸⁸. Y esto es reconocerle poder, aunque negativo para la felicidad de sus súbditos, superior a la medida humana; pues si él no es la causa motora de tales desastres, ella debe ser la divinidad que castigaba en todos la perversidad de solo uno.

Su animosidad contra Justiniano lo lleva a compararlo a la plaga, que a él también atacó aunque salió con vida, ya descripta con minuciosidad de conocedor en otra de sus obras⁸⁹. Pero llega a decir que a este hombre nada escapó ni dejó una alma intacta⁹⁰. Y si el mismo Triboniano, cuyos servicios son gran parte del póstumo brillo imperial, pudo transcurrir su vida tranquilo, no escapó a la expoliación después de desaparecido porque entonces se le expropió una parte de sus propiedades⁹¹.

El emperador es el autor de calamidades tan serias y múltiples como no hay ejemplo en la historia del mundo; pero lo más grave es que nada pensó en conservar lo establecido, sino quiso innovar en todas las cosas⁹². Un ejemplo es la supresión del consulado en 541⁹³. La confusión se introdujo, nada permaneció estable, pues tanto las leyes como la forma acostum-

⁸⁶ *Ed.*, VI, v, 6.

⁸⁷ *H. A.*, XVIII, 10.

⁸⁸ *H. A.*, XVIII, 37.

⁸⁹ *Pers.*, II, xxii-xxiii. Cfr. *H. A.*, IV, 1. IX, 35. XVIII, 44.

⁹⁰ *H. A.*, VI, 22.

⁹¹ *H. A.*, XX, 16.

⁹² *H. A.*, VI, 18.

⁹³ *H. A.*, XXVI, 15.

brada de gobierno fueron completamente trastornadas y la administración de los negocios públicos se desordenó. Por este motivo fueron eliminados los hombres de carácter y en todas partes vendía por grandes sumas a los más bajos el privilegio de saquear a los que no habían cometido falta. Este método vicioso, aplicado a las magistraturas, le permitía percibir una pequeña tasa del peculado de los funcionarios⁹⁴ y llegó al extremo de dejar los crímenes de los sobornadores sin investigar.

Además Justiniano por naturaleza era fácil víctima de sus mismos funcionarios que lo engañaban con torpes invenciones. Tal es el caso de los referendarios, encargados de recibir las peticiones de los suplicantes para someterseles y luego informar de su decisión a los magistrados⁹⁵. Los que ocuparon el oficio de cuestor se enriquecieron desmesuradamente y quienes desempeñaron el cargo con decencia no duraron. Es sugestiva la mención de Focas, limpio y lleno de espíritu de justicia, y de Baso, ambos ajenos a la modalidad de la época, relevados a los pocos meses⁹⁶. Como contraste está la de Constantino⁹⁷, jurista muy joven y sin experiencia en los delicados asuntos del tribunal, que en poco tiempo acumuló grandes sumas de dinero⁹⁸.

En ocasiones está bien manifiesta la credulidad del emperador, como en el caso de la llegada de un obispo de oriente. Le manifestó que Dios lo había visitado en un sueño e incitado a ir ante él para censurarlo por su falta de protección a los cristianos en Libia⁹⁹.

Acerca de la administración de la justicia, acusa a Justiniano de vender las decisiones legales por dinero; en su tribunal no había seguridad para quienes habían suscripto contratos, ni ley, ni juramento ni documentos válidos, ni penalidad fija, ni otro recurso, excepto dar dinero a su intermediario. Por lo tanto, el peso del oro era el que decidía; se podía comprar decisiones judiciales y también legislación, porque la justicia, que había residido en el palacio, estaba entonces establecida en el mercado¹⁰⁰.

En materia de negocios tomó el control de todos, estableciendo lo "que se llaman los monopolios" de todos los artículos más indispensables, principalmente del trigo y del pan, por intermedio de un cierto Hefesto; éste compró todo el cereal de los mismos egipcios, se enriqueció y enriqueció al emperador. Como consecuencia de esto muchos cambiaron su ciudadanía y fueron como fugitivos a la tierra de Persia. Y cuando algún cargamento de grano transportado a Bizancio se echó a perder, se consignó obligadamente una cantidad a cada ciudad de oriente. Ya desde comienzos de su gobierno había establecido una aduana pública en cada estrecho; los funcionarios que puso al frente de ellas fueron instruídos para que usaran de cualquier medio para conseguir la mayor cantidad de dinero posible; interesados ellos en demostrar su lealtad, terminaron por arrancar a los cargadores el valor entero de sus mercancías. No carece de peso el grave reproche que se le hace con motivo de la reducción de la posta imperial, en relación a la organización que tenía antes y a los servicios que prestaba¹⁰¹.

⁹⁴ *H. A.*, VII, 7. XIV, 1 sig. XXII, 35. XXI, 9. XX, 6. XIV, 6.

⁹⁵ *H. A.*, XIV, 11.

⁹⁶ *H. A.*, XXI, 6. Cfr. *Pers.*, I, xxiv, 18.

⁹⁷ Alabado en los más altos términos por Justiniano en la *constitutio* en que promulgó el Digesto: *qui semper nobis ex bona opinione et gloria sese commendavit.*

⁹⁸ *H. A.*, XX, 20.

⁹⁹ *Vand.*, III, x, 18.

¹⁰⁰ *H. A.*, XIII, 21. XIV, 18. XIII, 23. XVII, 33. XIV, 10.

¹⁰¹ *H. A.*, XX, 5. XXVI, 19; 38. XXV, 25. XXII, 14. XXV, 5. XXX, 8-11 cfr. XXX,

En materia monetaria los cargos son muchos, pero algunos infundados. El emperador Anastasio había sido el más providente y prudente administrador; dejó bien provistas las arcas públicas. Todo ese dinero Justiniano lo malgastó rápidamente, tanto en construcciones como en larguezas con los bárbaros ¹⁰². Además redujo el valor material de la moneda de oro hasta un extremo nunca alcanzado antes ¹⁰³, afirmación no del todo exacta porque la moneda bizantina siguió siendo conocida y utilizada en el mundo comercial y en casi todo el Mediterráneo.

La pasión lo lleva a las exageraciones más inverosímiles. Es verdad que la evolución bizantina hacia lo oriental había mudado muchos de los antiguos usos; pero también lo es que no es obra de Justiniano. La raíz y fundamento de la divinización de la persona del gobernante y su carácter divino, realizadas ya a fines del siglo III en la de Diocleciano, son la consecuencia de un largo proceso cuyas lejanas raíces están en la misma historia de la República. El cambio de la salutación al emperador, en señal de acatamiento, es una característica. Dice Procopio, sin precisar, que en tiempo antiguo, cuando el senado venía ante el emperador, los hombres de rango patricio lo saludaban en el hombro derecho y él les besaba la cabeza y los despedía; los otros doblaban la rodilla diestra y luego se retiraban ¹⁰⁴; y que ante Justiniano, no sólo los miembros del senado, sino también los que tenían el rango de patricios debían prosternarse y tocar con los labios uno de sus pies. Están ante un hombre de mediana estatura, algo carnoso, de cara redonda, que usa túnica de seda recamada de oro y botas rojas hasta la rodilla, físicamente parecido a Domiciano ¹⁰⁵. Y en cuanto al tratamiento, antes acostumbaban a llamarlo emperador y emperatriz a su consorte ¹⁰⁶; pero entonces habían de dirigirse a ellos con el tratamiento de señor o de señora ¹⁰⁷. En tiempos anteriores pocas personas entraban en el palacio y ello con dificultad; pero entonces tanto los magistrados como todos los demás funcionarios permanecían en él constantemente ¹⁰⁸. Esto es sólo una consecuencia de la concentración total de las actividades allí y de la única dirección de las mismas por el emperador.

Los que llegan a su intimidad se encuentran ante un ser que escapa a la medida humana, es un demonio, que nunca tomó comida ni bebida suficientes ni durmió lo necesario, que ambula desordenadamente por el palacio a horas irrazonables de la noche. Y algunos de los que con él estuvieron pudieron ver que la cabeza de Justiniano desaparecía repentinamente. Es el monstruo capaz de destruir cantidad de hombres y con la mayor rapidez. Y las lámparas públicas no se mantuvieron encendidas ni hubo consuelo alguno para los habitantes que en gran número huyeron a regiones lejanas y pudo verse en los campos a gran número de extranjeros ¹⁰⁹.

Detrás del edificio del senado había una plaza que el pueblo de Bizancio llamaba el Augusteo y en ella una colosal estatua ecuestre del emperador, de bronce, con el emblema de Cristo ¹¹⁰. No se puede decir que se haya

¹⁰² *H. A.*, XIX, 4; 38. *Got.*, VIII, xix, 3. Cfr. *Got.*, VIII, xviii, 19. *H. A.*, XI, 5.

¹⁰³ *H. A.*, XXII, 38. XXV, 12.

¹⁰⁴ *H. A.*, XXX, 21.

¹⁰⁵ *H. A.*, XXX, 23. *Ed.*, III, i, 22. *H. A.*, VIII, 12.

¹⁰⁶ *H. A.*, XXX, 25.

¹⁰⁷ *H. A.*, XXX, 25.

¹⁰⁸ *H. A.*, XXX, 27.

¹⁰⁹ *H. A.*, XII, 27. XIII, 28. XII, 21. XX, 13. XXXVI, 7. XI, 38.

¹¹⁰ *Ed.*, I, ii, 1; 6.

desinteresado de los problemas relativos a la fe cristiana, sino que más de una vez le han absorbido tan completamente que por ellos descuidó las empresas de gloria y peligro en que estaba empeñado. Cuando en Italia se necesitaba una acción decisiva para perfeccionar la campaña tan felizmente iniciada por Belisario, que languidecía con suerte diversa y amenazaba convertirse en un gran esfuerzo estéril por falta de perseverancia, toda su atención estaba concentrada en asuntos lejanos a la realidad. El papa Vigilio, juntamente con los italianos que estaban en Constantinopla para la resolución del asunto de "los tres capítulos", lo instaban en toda forma para que empleara su poder en Italia. Justiniano prometió interesarse personalmente; pero continuó dedicado la mayor parte de su tiempo a las doctrinas cristianas, tratando con gran determinación de llegar a un arreglo satisfactorio en los asuntos disputados¹¹¹. No es extemporánea en él esta preocupación, pues era notorio que permanecía hasta altas horas de la noche desenrollando ansiosamente las escrituras cristianas, en compañía de sacerdotes muy ancianos¹¹². Esto no impide que el sombrío autor de la "Historia Arcana" diga que al emperador y a la emperatriz cabe la acusación de haber sido los autores de las divergencias entre los cristianos, fingiendo ir cada uno con un partido¹¹³. Sin duda hay aquí el eco del anterior monofisismo de Teodora; pero la relación detallada de los acontecimientos de la insurrección *Nika* no permite adherirse con mucha confianza a tal afirmación, aunque es probable que en el juego político de las facciones, identificadas con las posiciones políticas adversas, la necesidad haya obligado alguna vez a actuar con dualidad. También lo es su intervención directa en nombramientos sacerdotales¹¹⁴ y al permitir una extensión arbitraria de ciertas propiedades eclesiásticas; pero no pueden negarse algunos actos de proselitismo cristiano, como su conducta con los abasgos que adoptaron la doctrina cristiana y un modo más civilizado de vida. Cuando asumió el imperio en el año 527 dió a los hérulos buenas tierras y otras posesiones; consiguió ganar su amistad, que aprovechó para persuadirlos que se convirtieran¹¹⁵. Lo mismo puede decirse del establecimiento de hunos en el territorio de Tracia, después de su derrota en batalla. Vinieron como suplicantes y él los recibió con sus mujeres e hijos. Cosas como éstas, en la "Historia Arcana" se traducen como si los bárbaros hubieran llegado a ser dueños del poder de los romanos, por recibir dinero del emperador, por pillar sus dominios, por vender los prisioneros de guerra o por subastar un armisticio¹¹⁶.

Al lado de esto es fácil comprender su actitud hacia los heréticos forzándolos para que marcharan por un camino único, no por sendas divergentes¹¹⁷. Es fácil que con pretexto o como consecuencia de tal deseo haya cometido abusos, tan comunes en su tiempo, ya que en todo el imperio había muchas doctrinas rechazadas por los cristianos¹¹⁸. Si bien la protección imperial recaía en la facción azul, la otra no permanecía quieta; luchaba en pequeños grupos, tendía emboscadas, ejercía venganzas. Es seguro que castigó con la excusa de que algún individuo pertenecía a la facción de los

¹¹¹ *Got.*, VII, xxxv, 9.

¹¹² *Got.*, VII, xxxii, 9.

¹¹³ *H. A.*, X, 15.

¹¹⁴ *Got.*, VIII, iii, 21. XXVII, 3. XXVI, 3.

¹¹⁵ *Got.*, VI, xiv, 33.

¹¹⁶ *Got.*, VII, xix, 7. *H. A.*, XIX, 16.

¹¹⁷ *Ed.*, I, 9.

¹¹⁸ *H. A.*, XI, 14. XXVI, 5.

verdes o por haber ofendido en alguna manera a los gobernantes, si había riqueza que confiscar ¹¹⁹. La acción del magistrado encargado de la disciplina del pueblo, el *praetor plebis*, no siempre fué suave ni justa; el castigo, además de sobre la facción adversa, recayó en los llamados heréticos en general y en los samaritanos. Ello pudo haber sido también excusa para incalificables abusos con fines de confiscación de bienes ¹²⁰.

La actitud de Justiniano para con los judíos merece alguna atención. Podemos cotejar tres textos de Procopio, que responden a cada uno de sus tres tendencias antes señaladas. El primero es de "Las Guerras", en ocasión del triunfo de Belisario en Bizancio como premio del primer resultado de la victoria africana. Allí se exhibió el tesoro de Genserico y muchos miles de talentos de plata; también el tesoro de los judíos, que Tito había llevado a Roma a raíz de la toma de Jerusalén en el año 70 y que fueron tomados por los vándalos en el de 455, cuando despojaron el Palatium en aquella ciudad. Relata Procopio que cierto judío notable hizo saber al emperador que era inconveniente introducir en el palacio de Constantinopla tales cosas, pues no era posible que estuvieran en otro lugar que aquél en que antes los colocó Salomón, rey de los judíos; que por haber sido llevados a Roma, Genserico se había apoderado de ella. Agrega que Justiniano se atemorizó y envió todo a los santuarios de los cristianos en Jerusalén ¹²¹.

El segundo es de "Los Edificios" y se refiere a la ciudad de Boreio, que está situada cerca de los bárbaros moros. Nunca había estado sujeta a tributo por nadie. Allí vivían judíos desde antiguo tiempo y tenían un viejo templo que honraban y reverenciaban especialmente, que decían edificado por Salomón. Justiniano consiguió que todos los habitantes cambiaran su culto y se volvieran cristianos y transformó el templo en una iglesia cristiana ¹²².

El tercero es de la "Historia Arcana" y afirma que el emperador se preocupó por abolir las leyes honradas por los hebreos ¹²³. Si su fiesta de Pascua ocurría antes del festival de los cristianos, no autorizaba a celebrarla en su debido tiempo ni a hacer ninguna ofrenda ni a celebrar ninguno de sus habituales ritos; agrega que acostumbraba a llevar ante su tribunal a muchos de ellos ¹²⁴.

De todo lo antecedente no parece desprenderse la conclusión de una persecución ni tampoco un afán de proselitismo cristiano, que era imposible entonces entre los judíos. En cambio puede advertirse cuidado para que los restos del paganismo fueran extirpados. En su tiempo, el emperador Diocleciano eligió cierta isla del río Nilo, cerca de la ciudad de Elefantina, y allí construyó poderosas fortalezas, en las cuales edificó templos y altares para los romanos y bárbaros en común; además estableció sacerdotes de las dos naciones en ellos y pensó que nacería amistad con ese motivo, razón por la que denominó *Philae* al lugar. Allí habitaban dos pueblos, los blemues y los nobatas, que creían en todos los dioses de los griegos y también reverenciaban a Isis y Osiris y no menos a Príapo. Además, los blemues estaban acostumbrados a sacrificios humanos al sol. Dice Procopio que esos santuarios fueron conservados por los bárbaros hasta su tiempo; pero que el emperador Justi-

¹¹⁹ *H. A.*, XI, 35.

¹²⁰ *H. A.*, XIX, 11.

¹²¹ *Vand.*, IV, ix, 5 sig.

¹²² *Ed.*, VI, ii, 21.

¹²³ Ἑβραίων τιμῶσι.

¹²⁴ *H. A.*, XXVIII, 16.

niano decidió derribarlos; su general Narses lo hizo, encarceló a los sacerdotes y envió las estatuas a Bizancio ¹²⁵.

Otro ejemplo se refiere a los *tzani*, que vivieron como pueblo independiente, sin jefes ¹²⁶; eran como salvajes, consideraban dioses y adoraban a los árboles, las aves y a otras criaturas; pasaban la existencia en medio de imponentes montañas, cubiertas de bosques, sin cultivar nunca la tierra; pero robaban y se sustentaban del pillaje. Durante el reinado de Justiniano fueron derrotados en batalla por los romanos; abandonaron la lucha, pues prefirieron la quieta servidumbre a la peligrosa libertad y todos se volvieron cristianos ¹²⁷.

No hay razón para no creer en las medidas extremas de persecución de los elementos paganos existentes dentro de la misma población del imperio, los helenos como los llamaban: torturas, confiscaciones, todos los extremos habituales de las luchas donde hay pasión, llevadas también contra aquellos que fingieron la adopción del credo cristiano y fueron sorprendidos en libaciones, sacrificios y otros actos impíos ¹²⁸.

En lo que se relaciona con el carácter del emperador, si hemos de atenernos a la crónica adversa, aunque dice que no poseía condición alguna apropiada a su dignidad, sin embargo reconoce que era el hombre más accesible del mundo, pero fácil de manejar. Y una de las causas de esto último se atribuye a su permanente insomnio ¹²⁹. Se afirma su tendencia al mal, su falta de veracidad, su constancia en el odio, su fingimiento. No mantenía compromisos ni juramentos. No tenía temor de Dios ni respetaba a los sacerdotes ni las leyes ¹³⁰.

Su conducta hacia Vitaliano fué reprobable, pues después de haberle prometido seguridad tomando junto con él los sacramentos cristianos, lo ejecutó en el palacio por sospechas de ofensa ¹³¹. Y leemos en la "Historia Arcana", que Justiniano no era un ser humano, sino una especie de demonio con forma humana, hijo de un demonio, un demonio encarnado, una naturaleza demoníaca ¹³², en fin, el Señor de los Demonios ¹³³. Además, era un enfermo mental, un malhechor de los que se llaman pervertidos morales ¹³⁴. Pero la misma fuente que tales cosas afirma, reconoce su serenidad y que era abordable y gentil para los que estaban en contacto con él ¹³⁵.

Acerca de lo antecedente, dejando de lado lo demoníaco, puede decirse que bajo el tono de pasión general existe un fondo de verdad que no aleja mucho al personaje de tantos que ocuparon el trono imperial de Constantinopla. Además, en el libro de "Las Guerras", obra que debe considerarse una crónica oficial, no faltan datos demostrativos de su natural disposición. Cuando la faz intermedia de la guerra de Italia, llegaron noticias de los pro-

¹²⁵ *Pers.*, I, xix, 32 sig.

¹²⁶ ἄναρχοι.

¹²⁷ *Ed.*, III, vi, 2; 6.

¹²⁸ *H. A.*, XI, 31: ἐπὶ τοῖς Ἑλληνας καλουμένους.

¹²⁹ *H. A.*, XV, 11.

¹³⁰ *H. A.*, XIV, 2. XIII, 16. XXIX, 1. VIII, 22; 25. XXVII, 1.

¹³¹ *H. A.*, VI, 27.

¹³² *H. A.*, XVIII, 1. XI, 18. XVIII, 36.

¹³³ *H. A.*, XXX, 32: "cuando Justiniano, si es un hombre, se vaya de esta vida, o si es el Señor de los Demonios vaya a vivir con ellos, los que hayan tenido la suerte de haber sobrevivido hasta ese tiempo sabrán la verdad".

¹³⁴ *H. A.*, VIII, 22: μωρ. κακότηθι καλοῦσιν.

¹³⁵ *H. A.*, XIII, 1.

gresos realizados por Totila y los godos allí, a quienes odiaba y trataba de expulsar del dominio romano¹³⁶. Justiniano tuvo el propósito de nombrar comandante en jefe a su sobrino Germano, que gozaba de gran reputación. Le ordenó que se alistara, pero por alguna razón desconocida cambió de parecer y en su reemplazo decidió nombrar al romano Liberio. Éste hizo preparativos con toda la rapidez posible y cuando se esperaba que partiera la flota conduciendo su ejército, el emperador cambió de nuevo de parecer y en consecuencia la expedición quedó inmovilizada e Italia privada de socorro¹³⁷. Ese mismo Germano incurrió en la cólera de Justiniano, que lo acusó de haber demorado la revelación de una conjura. Los hombres principales que había reunido permanecieron en silencio, lo que aumentó su enojo. Pero bastó la presencia de ánimo y nobleza de conducta de Marcelo para apaciguarlo: sostuvo que Germano le había comunicado hacía tiempo lo que se tramaba y que él, para hacer una detallada y cuidadosa investigación, había dilatado el asunto¹³⁸.

En relación a las afirmaciones de la "Historia Arcana" es interesante observar un pasaje de "Las Guerras". Los gópidos y los longobardos se disponían a guerrear; pero aquéllos estaban deseosos de ser amigos de los romanos porque los temían y tenían noticia de una alianza de Justiniano con sus adversarios. Enviaron legados a Constantinopla para que el emperador aceptara un pacto defensivo y ofensivo también con ellos, quien sin ninguna vacilación les dió prendas de alianza. Por pedido de los mismos enviados doce miembros del senado también los proveyeron de una declaración jurada confirmando el tratado. Pero poco después, cuando de acuerdo con los términos de la alianza, los longobardos requirieron un ejército para que peleara con ellos contra los gópidos, el emperador Justiniano lo envió, acusando a éstos de haber transportado a ciertos esclavonios a través del Ister, para detrimento de los romanos¹³⁹.

Otra observación, también asentada en la historia oficial, es sugestiva. Isdigusnas, el embajador de los persas, dispuso de grandes cantidades de dinero. Contrariamente a la conducta que se observaba con otros enviados extranjeros, ni él ni su numerosísimo séquito fueron vigilados. Todos gozaron de completa libertad para transitar por la ciudad, relacionarse con quien quisieran, comprar y vender lo que les pluguiera, exactamente como si se hubiesen encontrado en su patria. Nadie los siguió o acompañó, como era usual¹⁴⁰.

En el libro de "Los Edificios" se exalta la figura del emperador en términos de perfecta cortesanía. Es el fundador del mundo civilizado y todos debieron haber compartido los trabajos de la construcción de aquella ciudad que edificó en el lugar de su aldea natal, por gratitud a la tierra del común salvador. Llevó el estado a la prosperidad, lo sacó del desorden y no sólo aumentó su extensión hasta doblarla en área y poder, desde las fronteras del este hasta donde el sol se pone¹⁴¹, sino que lo hizo más ilustre por la expulsión de los bárbaros¹⁴².

136 *Got.*, VIII, xxiv, 5.

137 *Got.*, VII, xxxvii, 24.

138 *Got.*, VII, xxxii, 47. Cfr. VII, xxi, 1; xxii, 51.

139 *Got.*, VIII, xxv, 7.

140 *Got.*, VIII, xv, 19.

141 *Ed.*, IV, i, 17. I, i, 15. VI, vii, 17.

142 *Ed.*, I, vi.

Con su talento salva siempre las dificultades que encuentra y aplica adecuadas medidas para transformar los más grandes desastres en beneficio, como lo demostró en Macedonia y especialmente en Édesa en ocasión del desbordamiento del río a causa de copiosas lluvias, que estuvo a punto de destruir la ciudad y la iglesia cristiana ¹⁴³.

Es el gran constructor, la Magna Iglesia ¹⁴⁴ es permanente testimonio: en ella no sólo empleó dinero, sino el trabajo de su mente y los otros poderes del alma; siente el impulso divino; demuestra que nada es imposible para el hombre aunque tenga que vencer las más grandes dificultades.

Su solicitud es constante por la seguridad de sus súbditos. Tanto él como Teodora tuvieron siempre una común piedad en todo lo que hicieron. Perdona a los que conspiran contra él, les deja la posesión de sus bienes y aun hay que son generales y revisten el rango consular. Se le debiera llamar emperador por naturaleza tanto como por herencia ¹⁴⁵.

Observa hasta la exageración los preceptos, como por ejemplo, en los días precedentes a la fiesta de Pascua permanece durante casi dos sin comida, se levanta al alba, cuida los asuntos del estado hasta la noche, se abstiene de vino, pan y otras cosas, y se alimenta sólo de vegetales salvajes ¹⁴⁶.

Es consecuencia de su conducta la persecución de vicios sociales, aunque lo hace arbitrariamente por medio del magistrado que creó, cuyas facultades también se extendían a reprimir a los que no adoraban a la divinidad del modo ortodoxo ¹⁴⁷.

Hay algo unido al nombre de Justiniano como un halo de gloria merecida, sus trabajos de codificación y de legislación que dieron tono a su época y cuyo influjo se ha prolongado por espacio de siglos. Así Procopio nos dice que encontrando las leyes oscuras a causa de que se habían vuelto más numerosas de lo que debían ser y en confusión, porque desacordaban las unas con las otras, él las preservó limpiándolas de la masa de su arteria verbal y controlando sus discrepancias con la mayor firmeza ¹⁴⁸. No es aceptable la afirmación de la parte contraria, de haber traído confusión a todas las cosas en cuanto asumió el imperio, de haber introducido en la constitución lo que antes estaba prohibido por la ley, de haber volteado todas las instituciones existentes, aun aquéllas que la costumbre había hecho familiares, como si hubiera trazado su programa imperial con intención de cambiarlo todo ¹⁴⁹.

Se trata de la realización de su propósito de reorganizar el estado y es verdad su deseo de dejar en todas las cosas un sello propio más duradero que su persona. Es tiempo de absolutismo total, en que todo debe palidecer ante la figura del emperador. Él es un autócrata cristiano, como un par de siglos antes sus antecesores fueron amos y dioses. No es de extrañar su conducta para con el senado y sus miembros. Aquél hace ya tiempo es un cuerpo meramente decorativo; no tiene influencia alguna, se reúne por fórmula y como sólo por cumplir una antigua ley ¹⁵⁰. No es la surgente del derecho ni el órgano provisor de las magistraturas. Por esto puede aceptarse

¹⁴³ *Ed.*, IV, iii, 23; 26. II, viii, 4.

¹⁴⁴ Santa Sofía.

¹⁴⁵ *Ed.*, I, 1, 67; 71; 13. IV, x, 10. I, viii, 5. *Vand.*, IV, xxii, 10-11. *Ed.*, I, i, 5.

¹⁴⁶ *Ed.*, VII, 3.

¹⁴⁷ *H. A.*, XI, 34. XX, 9.

¹⁴⁸ *Ed.*, I, 10.

¹⁴⁹ *H. A.*, XI, 1-2.

¹⁵⁰ *H. A.*, XIV, 8.

que algunos de sus miembros — no en el sentido general que habla nuestra fuente —, con motivos más o menos fundados, hayan sido perseguidos y privados de sus bienes¹⁵¹. Cuando la insurrección del 532 en que actuaron las facciones del circo unidas, los componentes del senado fueron víctimas de la reacción consiguiente¹⁵². Pero en ello hay un movimiento de defensa justificado, pues el trono estuvo en peligro y la complicidad de muchos para librarse de un gobierno pesadamente tiránico es más que probable.

El tema de las construcciones suministra abundante material a Procopio, como que en verdad es algo hecho con interés evidente de perduración. Y él escribe para que los que en lo futuro las vean, si se niegan a creer debido a su gran número y magnitud, que son la obra de un solo hombre, tengan su testimonio; porque advierte que muchos trabajos de los hombres de la antigüedad que no están apoyados en un testimonio escrito, despertaron incredulidad a causa de su sobresaliente mérito. Por ello se apresta a la relación de las construcciones de Bizancio, que deben servirle de principal fundamento.

Para Santa Sofía — como ahora la llamamos — no se fijó en gastos y juntó artesanos del mundo entero¹⁵³. Antemio de Tralles era el más sabio en el arte de la construcción, no sólo entre sus contemporáneos sino comparado con los que fueron antes que él. Estaba asociado a otro maestro, Isidoro, milesio de nacimiento, un hombre inteligente y capaz de ayudar al emperador Justiniano. En todo esto Procopio ve un indicio del honor en que Dios tenía al emperador porque en seguida lo había provisto de los hombres más aptos para la tarea que había emprendido. Aparte de ello le maravilla su mismo discernimiento, que de todo el mundo era capaz de seleccionar a los más peritos para la más importante de sus empresas. Así la Iglesia, Santa Sofía, fué un espectáculo de maravillosa belleza¹⁵⁴.

En la descripción que sigue prodiga calificativos, indudablemente merecidos. Refiriéndose a la cúpula, dice que no parece descansar en sólida mampostería, sino, vista por dentro, cubrir el espacio con su domo de oro suspendido del cielo. Todo el techo está recubierto de oro puro, que añade gloria a la belleza, aunque la luz reflejada por las piedras prevalece, brillando con rivalidad al oro¹⁵⁵. Y en alguna ocasión se excede en su propósito exultatorio, es poético y piadoso, imagina que ha llegado a un prado con flores en plena eclosión¹⁵⁶.

En la descripción de los otros templos comienza con las iglesias de María, la madre de Dios¹⁵⁷, y en seguida dice que edificó muchas a ella dedicadas en todas partes del Imperio Romano¹⁵⁸. Conviene notar el empleo de la palabra *νεώς* en la cita antecedente y de la palabra *ἐκκλησία* en la presente para designar la construcción.

Este tema de las obras públicas es de enorme extensión. En lo que toca a Constantinopla se pueden mencionar las que hizo a ambos lados del llamado Foro Marítimo y el hermoso baño público de Teodora, nombrado así por la emperatriz¹⁵⁹.

151 *H. A.*, XII, 1-11. XXVI, 1.

152 *H. A.*, XII, 12. XIX, 12. Cfr. *Pers.*, I, xxiv.

153 *Ed.*, I, i, 17; 23.

154 *Ed.*, I, i, 24; 27.

155 *Ed.*, I, i, 47; 54.

156 *Ed.*, I, i, 60.

157 *Ed.*, I, iii, 1: τῆς θεοτόκου Μαρίας νεών.

158 *Ed.*, I, iii, 2: πολλὰς τοίνυν ἐκκλησίας.

159 *Ed.*, VI, v, 10.

Finalmente, como en esa ciudad era la residencia imperial, gran cantidad de hombres de todas partes del mundo venían a ella; unos por negocios, otros por una esperanza o azar; quien para peticionar o porque los asuntos no le fueron prósperos en su tierra. Todos deben habitar temporariamente en ella y como había muchos carentes de medios para pagar su alojamiento, Justiniano y Teodora resolvieron la dificultad edificando cerca del mar, en el lugar llamado Estadio, un hospicio para albergue de los necesitados ¹⁶⁰.

Otros ejemplos notables hay, como la construcción de una ciudad en Tracia, en sitio donde nunca la hubo y que se llamó Teodorópolis; o la de iglesias, hospicios y baños públicos en Mocesus, Capadocia, junto con otras estructuras que son signo de una ciudad próspera, como dice. Además, en Jerusalén, en Mesopotamia, fueron notables las restauraciones de monasterios, iglesias, pozos y cisternas, hospicios, murallas, acueductos y baños ¹⁶¹.

También emprende obras para facilitar la circulación en regiones inhóspitas, como la pavimentación de un camino en Bitinia, que conduce a Frigia, y en el cual era antes frecuente que hombres y bestias perecieran en invierno a causa de las ciénagas formadas por las aguas y las nieves ¹⁶². La más notable de esta clase fué en Platanon, que estaba saliendo de Antioquía hacia Cilicia. Gastó una gran suma de dinero, cortando en una gran extensión las altas montañas y los obstáculos de toda clase, para construir un camino carretero donde antes no había sino imponentes precipicios; y con esto demostró que nada es imposible para un hombre que sabe discernir, cuando está dispuesto a no mirar en gastos ¹⁶³.

Ante afirmaciones de este tipo acude a la memoria la constante afirmación de la "Historia Arcana" de ser el causante de la ruina del imperio, que legó a su sucesor Justino II en pésimas condiciones económicas, como es sabido ¹⁶⁴.

¹⁶⁰ *Ed.*, I, xi, 24.

¹⁶¹ *Ed.*, IV, vii, 5. V, iv, 17; xi, 1 sig.

¹⁶² *Ed.*, V, iii, 12.

¹⁶³ *Ed.*, V, v, 3.

¹⁶⁴ Otros aspectos son objeto de un futuro trabajo.